





100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EL SUEÑO DEL PERRO SALVAJE

AMOR Y EXTINCIÓN ANTE LA CRISIS ECOLÓGICA GLOBAL

DEBORAH BIRD ROSE

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

ÍNDICE

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *Wild Dog Dreaming*

© Rector and Visitors of the University of Virginia, 2011

© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2023

© Errata naturae editores, 2023

C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid

info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-27-7

DEPÓSITO LEGAL: M-30530-2022

CÓDIGO IBIC: DN

IMAGEN DE PORTADA: Gautam Deshmukh / EyeEm

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

I. ¿DÓNDE ENCONTRAR LA SABIDURÍA?	9
2. SOBRE LA EXTINCIÓN	37
3. LA CARA DE BOBBY, MI AMOR	57
4. EXISTENCIALISMO ECOLÓGICO	79
5. EL PERRO DE ORIÓN	97
6. CANTAR A LOS OTROS	109
7. EL DUELO DE JOB	129
8. ¿Y SI EL ÁNGEL DE LA HISTORIA FUERA UN PERRO?	145
9. ROSTROS DESTROZADOS	171
10. LA LOCURA POR EL MUNDO	191
II. LA SABIDURÍA DE SALOMÓN	211
12. LA LEY DEL COMIENZO	233
Agradecimientos	257
Notas	261
Referencias bibliográficas	271

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

1.

¿DÓNDE ENCONTRAR LA SABIDURÍA?

Hace unos años, mi amiga Jessica se pasó por mi despacho para contarme algo terrible. No lejos de Canberra, se había encontrado con un árbol del que colgaban varios dingos muertos. Movidada por el espanto y una curiosidad inevitable, decidí ir a verlo con mis propios ojos. Era tal como me lo había descrito: los dingos estaban colgados por las patas traseras, cabeza abajo, con el cuerpo estirado, como una especie de «fruta rara» para los anales de la crueldad. Estuve un buen rato deambulando por la zona, con la boca seca y la garganta cerrada tanto por el olor a descomposición como por el horror que me aturdiría. El vértigo me provocaba una sensación de enajenamiento, y no sabía con seguridad dónde me encontraba, así que una y otra vez volvía la vista hacia la camioneta para recordarme que estaba en el siglo XXI, que había llegado hasta allí conduciendo desde mi casa, en la capital de Australia, por

una pista de tierra, cerca del límite de un parque nacional, y que al cabo de unos minutos me marcharía. En cierto sentido fundamental, estaba perdida. «Dios mío», pensé, «¿dónde estás?».

Varios pensamientos se me pasaron a toda velocidad por la cabeza. Muchos de mis maestros aborígenes me habían relatado largas y maravillosas historias sobre los dingos. «El perro es el mejor», me había dicho Old Tim Yilngayarri, el sabio. «Hay que dejarlo en paz. Detener las matanzas». Hablaba en un contexto en el que es frecuente envenenar y disparar a los dingos, y él sabía, igual que yo, que la sombra de la extinción se cierne sobre su futuro. No son los primeros animales que están en peligro de desaparecer y tampoco serán los últimos. Pero sí son uno de los pocos cuya extinción buscan activamente algunos segmentos de la sociedad humana. La Comisión de Revisión Regulatoria del Parlamento del Estado de Nueva Gales del Sur plantea el caso de forma sucinta, aunque burocrática: «Resulta no obstante anómalo que la principal iniciativa de Nueva Gales del Sur para conservar las poblaciones de dingo existentes esté llevándose a cabo al amparo de una ley que va a clasificarlos, en todo el Estado, como plaga que erradicar»¹.

Es en el contexto general de las catástrofes causadas por el ser humano donde mejor se observa esta «anomalía». Según Paul Crutzen, el premio Nobel que acuñó el término «Antropoceno», la influencia de la humanidad sobre la Tierra en los últimos siglos es tan significativa que ha dado lugar a una nueva era geológica. El cambio cli-

mático global está modificando nuestra forma de entender el sistema terrestre, hasta el punto de que nos encontramos en medio de la sexta gran extinción del planeta, la primera provocada por una única especie, a saber: la nuestra. La extinción antropogénica, como se la conoce en el campo de la biología de la conservación, es una muerte que crece de manera exponencial. Estamos adentrándonos en una era de pérdida de la vida sin precedentes en la historia humana. De hecho, tal como lo describe E. O. Wilson, vamos en picado hacia una «era de la soledad»².

La pregunta, por supuesto, es la siguiente: si los humanos somos la causa, ¿podemos cambiar lo suficiente como para revertir los efectos que provocamos? La antropóloga Kay Milton ha incidido sobre esta pregunta, señalando la necesidad de adoptar medidas urgentes y recalando que muchas llamadas a la acción están movidas por el miedo, algo que, según las investigaciones en las que ella se basa, no es lo deseable, pues el miedo suele ser un motor enormemente insatisfactorio que genera tanto la negación como la acción³. En esta obra, yo he querido partir de una emoción motriz alternativa. «La gente salva aquello que ama», afirma Michael Soulé, el gran biólogo de la conservación. De este modo, expresa una preocupación casi desesperada por la crisis actual de extinción de la biodiversidad y plantea una de las preguntas más importantes de nuestros tiempos: ¿es el ser humano capaz de amar y, por lo tanto, de cuidar, a los animales y plantas que están perdiendo la vida en una cadena de extinciones cada vez mayor? El poder del amor es increíble, como sabrá

cualquiera que haya amado alguna vez. Pero, del mismo modo, el amor es un sentimiento complejo que está tan lleno de problemas como de posibilidades. Wallace Stegner, relacionándolo con un lugar, lo expresaba, mejor, con unas palabras que pueden aplicarse a todo el resto de ámbitos ecológicos de nuestra vida: «Solo quiero decir que podemos amar un lugar y seguir suponiendo un peligro para él»⁴.

El amor en la época de las extinciones masivas, por lo tanto, suscita otras cuantas preguntas. ¿Quiénes somos, como especie? ¿Cómo encajamos en el sistema de la Tierra? ¿Qué ética nos apela? ¿Cómo podríamos abrirnos paso hacia nuevas historias que nos guíen, ahora que están cambiando tantas cosas? ¿Cómo estimular el amor y la acción con generosidad, conocimiento y respeto por la vida?

Con intención de abordar las preguntas de quiénes somos y cómo encajamos, he creado el concepto de «existencialismo ecológico», que aúna dos grandes cambios en nuestra cosmovisión: el fin de la certidumbre y el fin del atomismo. Desde la certidumbre, el cambio es hacia la incertidumbre; desde el atomismo, hacia la conectividad. Occidente ha alcanzado esos grandes cambios partiendo de la elaboración de su propia historia intelectual y social. Desde nuestra posición actual, es posible entablar nuevas conversaciones con gente cuyas historias son completamente diferentes, pero cuyas cosmovisiones funcionan con incertidumbre y conectividad. Ha llegado el momento de establecer nuevos diálogos y nuevas sinergias.

La cuestión de cómo abrirnos paso hacia nuevas formas de entender y actuar se aborda, pues, a través del diálogo, de historias que se cruzan y se mezclan, que se entrelazan en lugares inesperados y prenden la chispa de nuevas ideas. Muchas de las que cuento en este libro proceden de mis vivencias con el pueblo aborigen del norte de Australia. Hace más de un cuarto de siglo, me marché de mi país natal, Estados Unidos, para convivir varios años con los aborígenes de las comunidades de Yarralin y Lingara. Aprendí todo lo que pude (todo lo que quisieron enseñarme y todo lo que fui capaz de absorber) sobre su ecología filosófica⁵. El relato de la colonización de esta enorme tierra de sabana tropical es duro. Comienza hace unos ciento veinte años, cuando los colonos blancos levantaron inmensas fincas ganaderas en esta zona y, tras un periodo inicial de violencia clara y, casi siempre, extrema, la mayoría de los supervivientes aborígenes se instaló en esas fincas ganaderas, donde pasó muchas décadas trabajando como mano de obra esclava y sin cobrar nada en absoluto. Desde la década de 1970, los aspectos más opresores se han atenuado, pero, a pesar de las leyes sobre la descolonización, gran parte de las relaciones coloniales de poder sigue vivita y coleando⁶.

He vivido con la población indígena y, a su lado, he compartido acontecimientos y charlas, cazado, cocinado, comido, viajado, llorado, disfrutado, reído, cantado, bailado, incluso he cuidado a sus hijos. Mis maestros y yo nos hemos hecho preguntas, hemos indagado en los valores y cosmovisiones del otro, hemos trabajado mano a mano

en procesos de reclamación de tierras y hemos tratado, por muchas vías, de comprendernos. Hemos ido a pescar, a cazar y a recolectar, hemos comido juntos e intercambiado alimentos, hemos enterrado a los muertos, hemos llorado al unísono y hemos dado la bienvenida a los recién llegados a este mundo. He logrado comprender que mis maestros mantienen un vínculo de parentesco con las plantas y los animales. Sus relaciones son tangibles y están engastadas en la creación, la ética y la responsabilidad. Y resulta que, en este momento, la vida dentro de un sistema de parentesco entre especies corre un riesgo terrible. Los animales y las plantas que están muriendo no son tanto especies vulnerables, en peligro o extintas como (lo que es más importante) miembros vulnerables y moribundos de la familia. Por tanto, la vivencia de la extinción que tienen estas personas es muy cercana y personal.

Quienes me han enseñado todo eso también han estado cerca de la extinción. Han sobrevivido a masacres, a la cuasi esclavitud y a otras muchas formas de crueldad, y aun así siguen contando sus historias y compartiendo sus enseñanzas con una generosidad que surge de la certeza de saberse poseedores de una sabiduría profunda y honesta que debería llegar a los demás. Como decía mi maestro Daly Pulkara, «hemos escuchado vuestras historias, ahora os toca a vosotros, los blancos, escuchar las nuestras». Se refería a las suyas propias, por supuesto, y tenía un motivo: «Te digo una cosa: nada puede olvidarse de esa Ley». Quería que la gente prestara atención porque era consciente de estar revelando cómo es de verdad el mundo.

Las explicaciones que dan los aborígenes de cómo es y de cómo encajan ellos en él, en cuanto seres humanos, apelan a lo local y a lo universal. Sus narraciones tienen siempre que ver con lugares y criaturas concretos. Igual que todos los aborígenes a lo largo y ancho del planeta, mis maestros sabían que sus relatos explican cómo es la vida en la Tierra para los que la habitan. Un buen ejemplo de ello es el llamado «parentesco entre especies». Todos mis maestros están emparentados desde el nacimiento con distintos animales, plantas y países*. Sus vínculos eran específicos y tenían límites, es decir: que estar emparentado con unos implica no estarlo con otros. Esto, a ellos y a mí, nos lleva a plantearnos lo siguiente: ¿es ese tipo de parentesco una condición fundamental de la vida humana? La respuesta que da hoy la ciencia a esta pregunta es afirmativa. Muchos aborígenes defienden también la universalidad. David Gulpilil, actor, bailarín y filósofo aborígen, lo expresaba así, con la prosa poética que le era tan propia: «Somos hermanos y hermanas del mundo. Da igual que seas pájaro, serpiente, pez, canguro: una misma sangre roja»⁷.

Cuando incorporo ciertas narraciones indígenas muy poderosas a la conversación sobre los controvertidos temas de la vida y la muerte, el amor y la extinción, también

* Como se verá más adelante, el concepto aborígen de «país», distinto del occidental, designa una unidad espacial con la que sus habitantes mantienen un vínculo espiritual, físico, social y cultural. De este modo, deja de ser un lugar para convertirse en una red de conexiones entre los seres vivos y no vivos que lo habitan y que lo aman, lo necesitan y lo cuidan, como el país a su vez ama, necesita y cuida de sus pueblos.

incluyo y saco provecho de algunas de las grandes historias de mi propia tradición occidental. La definición que ofrece Steven Kepnes de la teología narrativa bíblica sirve de guía para que ambas se encuentren. «La teología narrativa bíblica», escribe, «implica volver a contar las narraciones de la Biblia de tal modo que expresen y aborden las cuestiones fundamentales de nuestra situación actual»⁸. Yo llevo ese método más allá de las narraciones bíblicas, aunque algunos de mis encuentros son parciales, pues es mi intención dirigirlo solo a una cuestión determinada. De igual modo, aunque quizá no sea del todo exacto sugerir que trabajar con las historias de dingos y muerte de Old Tim Yilngayarri es una forma de hacer teología narrativa, el espíritu de la empresa continúa siendo el mismo. Los encuentros narrativos aspiran a la verdad, y la verdad, en mi contexto de escritura, es la chispa que ilumina la proximidad ética de otros: de todos los otros, de todos los seres vivos, de todos quienes son, por usar el maravilloso término de la filósofa Val Plumwood, «nuestros compañeros de Tierra».

En aquel lugar, ante los cuerpos indefensos de los dingos muertos, me vi confrontada con un incidente que integraba grandes cuestiones sobre la humanidad y sobre nuestras relaciones éticas con la vida en la Tierra. Y he escrito este libro para analizar algunas de esas preguntas desde diversas perspectivas. Bebo de las enseñanzas de personas sabias, algunas de las cuales aún viven y muchas otras están muertas. Bebo de varias historias antiguas, así como de muchas que son actuales, y bebo de maestros

cuyas experiencias vitales y culturas difieren en grado extremo. El diálogo está abierto y mis palabras aspiran a llevar a los lectores hacia una mayor conciencia de sus posibilidades para el encuentro y la acción en el marco de la ética. Avanzo en mi camino bajo la influencia del filósofo Emil Fackenheim⁹, quien, después del Holocausto nazi, fue en busca de formas con las que «reparar el mundo» sin pretender deshacer o superar jamás por completo unos acontecimientos que fueron del todo devastadores. Creo que la crisis actual de extinción masiva es, asimismo, un acontecimiento devastador para la Tierra, imposible de revertir, y, en ese sentido, no puede repararse, pero aun así es algo a lo que debemos dar una respuesta ética que implique volvernos hacia los otros con la esperanza de arreglar, al menos, parte del daño. En la filosofía de Fackenheim, eso de «volverse hacia los demás» (*tikkun*) es una ética del movimiento hacia el encuentro, una voluntad de situar el propio yo de forma que esté disponible si otros lo requieren. Es una disposición hacia el diálogo, hacia la responsabilidad, una elección a favor del acercamiento y la respuesta: «Volverse hacia» en lugar de «apartarse».

Sabiduría salvaje

Lev Shestov, filósofo, y Old Tim Yilngayarri, «sabio» aborigen australiano, han sido dos de mis grandes maestros de vida. A ambos les alegraba indeciblemente la certeza compartida de que el mundo viviente es más complicado,

menos predecible y más pleno de transformaciones, incertidumbre y fantásticas erupciones de misterios vitales de lo que está permitido concebir en nuestro pensamiento habitual. Los dos, cada uno a su manera, eran santos locos que dejaron como legado una inestimable sabiduría salvaje.

Me enamoré de Lev Shestov cuando descubrí sus asombrosos trabajos, que arremeten contra la modernidad dominada por el racionalismo y ofrecen una visión «loca» de un mundo en el que la vida va más allá del conocimiento y en el que la mutabilidad y la incertidumbre son afortunados efluvios de esta. Frente al *ethos* imperante de la modernidad secular, Shestov escribe con una exuberancia apasionada para crear una celebración filosófica de los dichos misterios y de las impredecibilidades de la vida en la Tierra.

Al mismo tiempo, le suplica al mundo occidental que recupere la capacidad para reconocer que la Tierra es buena. En un fragmento especialmente intenso, pregunta: «¿Por qué no habría de ser perfecta la creación? [...] Nadie, ni de nuestra época ni siquiera de la Edad Media, parece atreverse a reconocer que el “bueno en gran manera” de la Biblia se correspondía con la realidad, que el mundo creado por Dios era bueno de verdad»¹⁰. Su deseo, el deseo que impregna el conjunto de su obra, tal como yo lo entiendo, es devolverle a la humanidad europea la capacidad de observar el mundo en su bondad, de hallar formas actuales de recuperar el «“bueno en gran manera” divino»¹¹.

Old Tim fue uno de mis maestros más generosos. Nació sobre 1905 en el «país» de su madre, según los abo-

rígenes entienden el concepto de «país» (véase nota en p. 15), el territorio de un clan conocido como Layit delimitado por un arroyo afluente del río Wickham, que a su vez es afluente del Victoria, uno de los grandes ríos monzónicos del norte de Australia. Cuando Tim nació, los colonos blancos apenas habían empezado a asentarse en la zona, y los ganaderos de la frontera aún pugnaban por proteger su ganado de las dificultades que presentaban el clima, el terreno, los ladrones, los aborígenes y ciertos depredadores no humanos, como los cocodrilos. Durante una década, más o menos, debido al intento de los aborígenes de defender sus territorios de origen, se produjeron cruentos enfrentamientos. En aquellos tiempos, los ganaderos contaban con la ayuda de un agente a caballo, que, según los libros de registro, hizo no pocas patrullas por Layit en busca de «asesinos de ganado» (aborígenes)¹².

Por entonces, lo peor del conflicto ya había pasado. Los padres de Tim se habían ido con los blancos de la explotación bovina de Victoria River Downs, y él pasó gran parte de su vida adulta en la sociedad rural ganadera de amos blancos y trabajadores indígenas. Hablaba con fluidez la variante del inglés que manejaban los ganaderos aborígenes y fue vaquero varias décadas. También dominaba varias lenguas indígenas. Tras pasar por las ceremonias de iniciación pertinentes, había alcanzado el estatus de Hombre de ley, experto y guía de conocimiento y rituales. Además, se le consideraba un sabio, un hombre con poderes extraordinarios. De hecho, era la única persona, de entre las que he tenido la suerte de tratar, capaz

de relatar su viaje al país del Cielo, que es donde se le otorgaron sus poderes. Cuando yo lo conocí, Old Tim había perdido gran parte de ellos, y nadie de la zona ha manifestado unos dones siquiera parecidos. Tal vez, como sugieren algunos, ese poder se esté perdiendo en esa parte del mundo, pero tal vez no. La vida está llena de sorpresas.

Cuando conocí a Old Tim, en 1980, era un anciano de cabello gris con una maravillosa barba larga y blanca. Conservaba intactos su sentido del humor y un ferviente afecto por los perros, que era ya legendario. Uno de sus nombres era Old Bogaga; Bogaga, el país de su padre, era una zona remota, al suroeste de donde nos encontramos, plagada de sitios y canciones relacionadas con el Dingo. Old Tim mantenía una relación especial con los perros salvajes de Australia, los dingos, y contaba unas historias largas y fantásticas sobre un parentesco compartido, pues para él los perros y los humanos tienen un origen y un destino común. A diferencia de muchas narraciones indígenas sobre la creación, que hablan de lugares concretos y personas determinadas, las historias de dingos de Old Tim se refieren a todos los seres humanos. Son relatos acerca de la muerte y lo que ocurre tras ella, acerca del deseo de dominar, acerca de la falta de reciprocidad y acerca de las conexiones, intensamente duraderas, entre seres humanos y no humanos, cuya expresión más contundente es el parentesco. En ellas, los dingos son los antepasados de todos los seres humanos; son ellos quienes nos dan nuestras caras, nuestra postura, nuestra muerte y el regreso que circula por nosotros a través de los cuerpos

de otras criaturas vivientes. Al principio solo había una criatura (una persona humana-canina) y luego esta se diferenció de las demás, dando lugar tanto a las personas caninas como a las personas humanas. Los perros / dingos y los seres humanos, con un origen común, son, por tanto, parientes próximos. Old Tim consideraba que esta era una verdad universal, y trataba de hacernos entender que es la de todos nosotros: «El Sueño [los creadores] lo hizo así con todo el mundo, la dama blanca, los hombres aborígenes, con todos igual. Caminan, se ponen en pie, ya han dejado de ser perros, son seres humanos completos, mujeres y hombres. La Madre y el Padre Dingo crearon a los aborígenes. Los niños blancos vienen de un perro blanco». Pensémoslo: mirar a un perro a la cara es ver a tu antepasado y a tu pariente actual. Es ver a madres y padres, hermanas y hermanos. Caminan con nosotros y nos acarician con sus largos hocicos. Sin ellos, no seríamos quienes somos, y vuelven el rostro hacia nosotros sabiendo que estamos aquí juntos, y que nuestras vidas y muertes están intrínsecamente relacionadas.

Perros de lluvia

Tom Waits tiene un disco llamado *Rain Dogs* en el que canta a las vidas de los perdidos, de los sin techo, de quienes andan sin rumbo. Los perros se orientan por el mundo principalmente a través del olfato. Los «perros de lluvia» son los que se han extraviado, porque el aguacero ha